

3ºD. PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 21,1-19.

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.

Simón Pedro les dice: -Me voy a pescar. Ellos contestan: -Vamos también nosotros contigo. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús les dice: -Muchachos, ¿tenéis pescado?

Ellos contestaron: -No. Él les dice: -Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: -Es el Señor.

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto, encima y pan. Jesús les dice: -Traed de los peces que acabáis de coger.

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: -Vamos; almorzad. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

[Después de comer dice Jesús a Simón Pedro: -Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Él le contestó: -Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: -Apacienta mis corderos.

Por segunda vez le pregunta: -Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Él le contesta: -Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: -Pastorea mis ovejas.

Por tercera vez le pregunta: -Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?

Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó:

-Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: -Apacienta mis, ovejas.

Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: -Sígueme]

DESCUBRIR AL SEÑOR EN LA VIDA

Los apóstoles han vuelto a su trabajo. Eran pescadores y vuelven a pescar. Están en Tiberíades trabajando, infructuosamente, por encontrar peces. Toda la noche bregando y no han conseguido nada. De repente, un hombre desde la orilla les dice que echen la red a la derecha y la red se llena de peces. Asombro en los apóstoles. Pero uno solo da con la respuesta exacta. Juan apunta a Pedro: **«Es el Señor»**.

Hay algo en Juan que le hace descubrir la presencia del Señor en los acontecimientos. Es posible que fuera ese amor de predilección que le tenía Jesús, pero lo cierto es que **«Juan tiene intuición para encontrar a Jesús en los acontecimientos que jalonan su vida»**.

Una cualidad, por otra parte, importante para el cristiano, una cualidad mediante la cual **«el cristiano vive lo diario»**, lo que pasa corrientemente y lo que acontece en momentos extraordinarios, **«de modo distinto»** a como lo viven el resto de las personas que no reconocen a Jesús en su entorno. Una especie de **«sexto sentido»** para encontrar a Jesús en nuestro quehacer diario, allí donde nos encontramos con las personas, detrás de cuyas sombras **«tenemos que acostumbrarnos a ver al Señor»**

Es seguro que si en esa persona, a veces incluso destemplada, con la que nos tenemos que relacionar, tuviésemos **«la preciosa intuición de ver al Señor»**, no lo trataríamos con desgarró, con indiferencia o con cansancio, sino con atención exquisita, como si eso que estamos haciendo fuera lo más importante de nuestra vida.

Es seguro que si en nuestra casa, cuando nos cansa la dedicación o la exigencia que la familia nos requiere, tuviéramos la intuición de ver, detrás de cada uno de los miembros de la familia, al Señor, **«ni la mirada ni el esfuerzo que les dedicamos»** los haríamos con gesto destemplado y agrio, sino con ademán distendido y amable. Cambiaría así el entorno familiar y nos haríamos próximos de nuestros más próximos.

Es seguro que, si fuésemos capaces de ver al Señor a través de los acontecimientos gozosos o dolorosos que jalonan nuestra vida, sería **«más espontánea la alegría y más comedido el dolor»**. Una y otro tendrían un espléndido soporte.

No se trata de vivir angustiosamente pendientes de encontrarnos con el Señor en nuestra vida. De lo que se trata es de estar **«acostumbrados a contar con Él»**, como se cuenta con la persona amada para vivir. Y hacerlo con sencillez, simplemente porque **«esa persona forma realmente parte de nosotros mismos»**. Se trata de integrar al Señor en nuestro vivir cotidiano. No solo encontrarlo en el templo, en el culto o en la oración, sino en la vida, allí, en medio de nuestro Tiberiades, en medio del trabajo ordinario, echando una mano para señalar dónde se puede sacar mejor fruto.

Es importante para un cristiano **«encontrarse con Jesús en medio de la vida»**. Si no lo hacemos corremos **«el peligro de estar faenando toda la noche, toda la vida, sin conseguir**

nada». Correr mucho, estar muy preparados, competir, pero con las redes vacías. Vacías de **«visión sobrenatural»**, vacías de **«dedicación al hermano»**, vacías de **«alegría por el cumplimiento del deber»**.

Si no lo hacemos, corremos el peligro de pasar por la vida sin penetrar en su significado o, lo que es peor, **«dejándonos destrozarnos y dominar por los acontecimientos»**.

Y hacerlo supone **«ser dócil a**

la Palabra de Jesús», a su mensaje de amor, que pide, como a Pedro, **«la decisión de seguirlo hasta dar la vida»**. Es la misión del cristiano que se realiza en comunión con Jesús y que celebramos en la **«Eucaristía»** comunitaria. En ella Jesús se ofrece como alimento y nosotros, sus discípulos, nos ofrecemos como personas. Se verifica así la comunión entre la entrega de Jesús a los suyos y de éstos a Él. Jesús hace que el amor por Él consista en servir a los demás: **«¿Me amas? Apacienta mis ovejas»**. La Madre Teresa de Calcuta solía decir: **«El fruto de amor es el servicio y el fruto del servicio es la paz»**.

La gracia de ser capaces de descubrir al Señor en los acontecimientos de la vida es lo que puede hacer a un cristiano distinto de los demás. No obstante, ser cristiano no consiste en hacer cosas distintas, sino en hacer las cosas que hacen todos, pero con un estilo de vida diferente. Es el estilo del que es capaz de **«encontrarse con el Señor en el trabajo, en la amistad, en la familia, en la diversión, en el esfuerzo, en la alegría, en el dolor»**. En una palabra: en la vida entera, con toda la riqueza que la vida lleva consigo. Y una semana más, una oración por Ucrania para que termine la barbarie y se restablezca la paz ;Que así sea!

